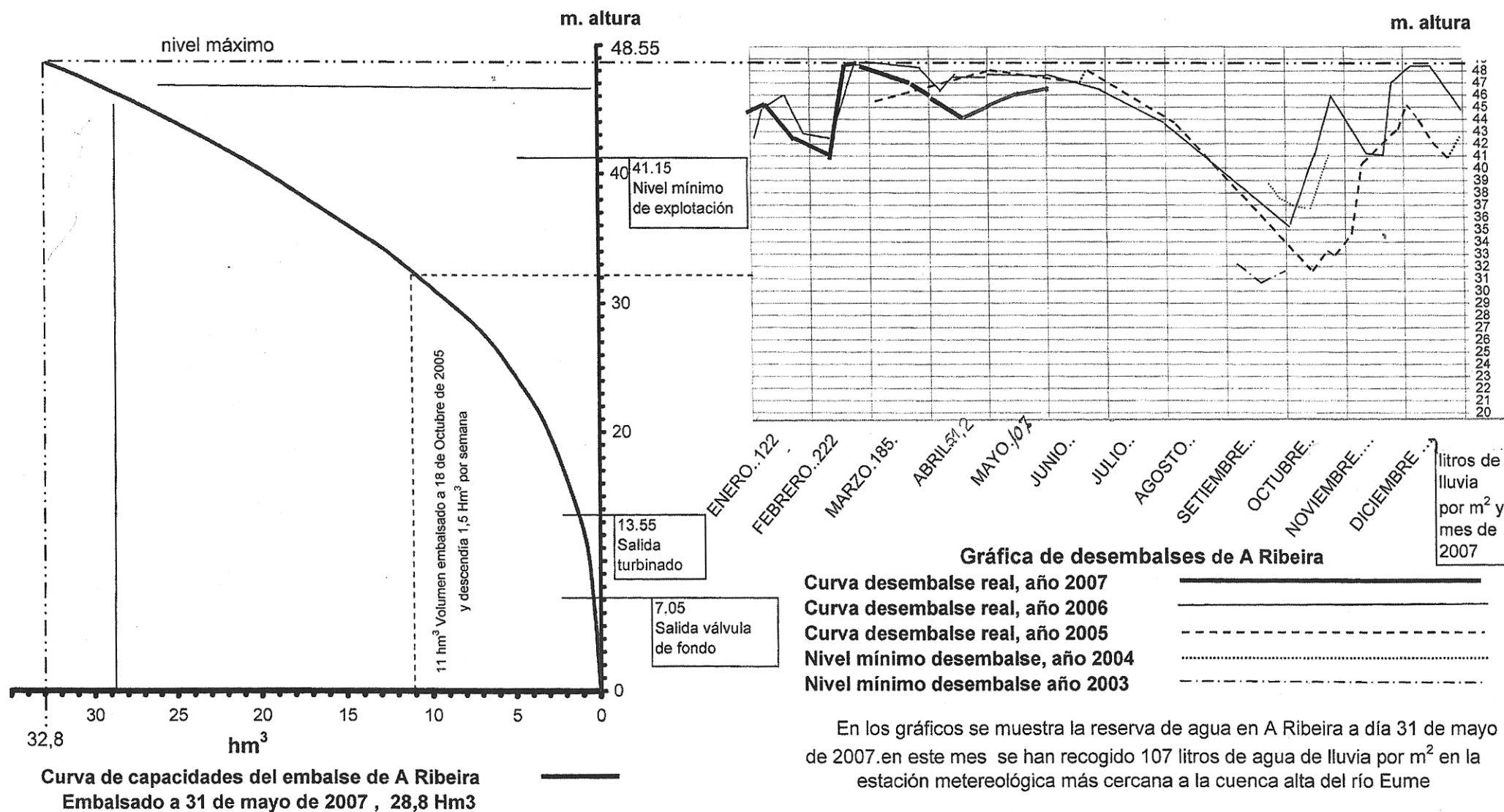


AGUA = EMPLEO = FUTURO (parte XXVIII)



No quisiera olvidarme de una biografía muy emotiva, digna de plasmar en estas páginas del periódico de tirada mensual "A NOVA UNIÓN". Se trata de la del artesano Fernando Freire López, nacido en As Pontes, en el lugar das Cortes, en el año 1874. Su padre, agricultor y ganadero, tenía un pequeño taller de fundición donde se dedicaba a hacer utensilios diversos para el hogar. También hacía de recaudador de tributos para el Conde de Lemos. Estas tierras dependían, a efectos administrativos, del Intendente Mayor de la provincia de Betanzos. Nuestro artesano aprendería el oficio de fundidor de la mano de su padre, y al mismo tiempo que trabajaba las fincas del lugar, ayudaba a la fabricación de candiles y otros objetos de utilidad para la clientela de su progenitor.

Muy joven aún, sintió la llamada de la emigración a la isla de Cuba, y como la mayoría de los ponteses de entonces, se fue hasta La Coruña donde tomó pasaje para La Habana. Allí trabajó durante algunos años, siguiendo la tradición familiar, en un taller de fundición. Fueron varios los viajes que realizó entre la isla Antillana y As Pontes, hasta que logró reunir un pequeño capital que le permitió abandonar la isla, y regresar definitivamente a su patria chica, para establecerse en su pueblo natal. Una vez en As Pontes, compró una casa en la calle San Juan, en el casco histórico de la villa, al mismo tiempo que adquirió ganado, que complementaría su modo de vida. En este proceso contó con la colaboración de sus hermanos, especialmente con José, quien le acompañaría siempre en sus actividades, tanto agrícolas como en las tareas del taller de fundición y artesanía.

El casco viejo de la villa, a principios del siglo pasado, lo com-

Historias de Aquí e de Acolá Artesanos de As Pontes - XVI -

ponían casas de piedras centenarias, habitadas, en su mayoría, por familias humildes. La relación vecinal era ejemplar, única. Podía afirmarse que sus habitantes actuaban entre sí como una gran familia o comuna. En las más significativas tareas, tanto agrícolas como ganadera, el vecindario se volcaba de un modo totalmente desinteresado, procurando buscar la ayuda más adecuada a la compleja problemática de aquella sociedad autoorganizada desde tiempos inmemoriales.

En los primeros años del siglo XX contrajo matrimonio con la señora Rita Bouza Vivero. De esta unión nacerían siete hijos: cinco hembras y dos varones. Actualmente, de esta familia solamente viven tres hijas. La más joven, Hortensia, (madre de María José Prego Freire) es de quien he recabado información para llevar a cabo esta interesante biografía de uno de los más representativos artesanos de nuestra villa de As Pontes.

Al poco tiempo de contraer matrimonio, vendió su propiedad de la villa para comprar una casa en lo que hoy es la avenida de Castelao, en el número 34. Ahí desarrollaría su actividad comercial y artística, contando siempre con la fiel colaboración de su inseparable hermano José. En el recién estrenado taller de Fernando, El Campanillero, se elaboraban, con singular maestría, diversos utensilios de bronce para los hogares, tales como palmatorias, candiles, ceniceros, etc. Pero lo más significativo era la ingente producción de campanillas, en todas sus variedades, y la de cascabeles y cencerros, de

distintos modelos, según sus usos, que harían interminable la descripción de su numeroso muestrario. A su vasta fabricación artesana hay que añadirle la habilidad con que llevaba a efecto la construcción del varillaje de aquellos grandes paraguas, más conocidos por "parroquias" entre las gentes del campo, y que les servían para guarecerse de las inclemencias del tiempo invernal, mientras apacentaban sus ganados. El colocar la tela corría a cargo de costureras especializadas de este artístico trabajo.

Los de nuestra generación asistíamos a la escuela pública ubicada justo enfrente a la casa de Fernando das Cortes, y al momento de salir, sino había otra cosa mejor que hacer, acudíamos a la ventana que alumbraba al taller del campanero. El reto consistía en atravesar el trecho entre la escuela y el taller de Fernando lo más rápido posible y llegar entre los tres primeros para ganar la "pole position", y así conquistar el mejor lugar para observar en directo el buen hacer de nuestro artesano. Era todo un espectáculo el contemplar los movimientos sincronizados que los dos hermanos imprimían al torno: José, dándole al pedal, y Fernando, manejando la cuchilla; sacando finas y doradas virutas, que flotaban en el aire por un instante, para caer al suelo, una vez dado el corte final. A continuación, y tras el oportuno ajuste, se producía el último acabado de la pieza, al sacarle un brillo dorado, que en nuestra mente se nos antojaba que Fernando, por arte de magia, había transformado el bronce en oro de calidad. El destino inmediato de la

campanilla era engrosar otras que pendían de un alambre sujeto en la pared.

Pero no todo era tan fácil para los que disfrutábamos de aquella posición privilegiada. Unos golpes en la cadera, y algún codazo en las costillas, nos volvían a la dura realidad. Los que permanecían en la segunda fila, no se resignaban a continuar por más tiempo en clara desventaja, y así comenzaba la mezquina maniobra de desplazarnos para poder disfrutar de mejor puesto de observación. De este modo, se desencadenaba un altercado que ponía en serio peligro la integridad del ventanal. La voz alterada de Fernando, El Campanillero, se hacía oír, advirtiéndonos del inminente peligro de rotura de algún cristal, que en aquellos años de escasez era un auténtico problema el reemplazar los frágiles y transparentes vidrios. Una vez perdido el privilegio de la primera posición, era completamente inútil el pretender recuperarlo, así que no quedaba otra opción que recurrir al juego de la pelota de trapos -que otra no había- o al de las canicas, para aprovechar los pocos minutos que restaban de aquel corto recreo, a punto de finalizar...

:Por Semana Santa, en el sábado de Gloria, se celebraba en la iglesia parroquial la misa de la Resurrección de Cristo. Todos los niños del pueblo acudíamos a esta hermosa ceremonia, provistos de carracas, unos; y con campanillas, otros, para agitarlas con inusitadas fuerzas, en determinado momento del oficio divino, a una señal del párroco. La mayoría de las campanillas, las más brillantes, pro-

cedían del taller de nuestro buen orfebre, que, con su proverbial bondad, permitía, mediante préstamo por un día, utilizar estos instrumentos sonoros para fecha tan señalada. Y era cuestión de honor su inmediata devolución. A Fernando, El Campanillero, jamás le faltó campanilla alguna, cedidas gratuitamente para tan entrañable acto litúrgico...

Cuando Fernando das Cortes había cumplido la edad de 77 años, después de toda una vida de intenso trabajo, comenzó su declive. Una tarde del mes de junio de 1951, cuando las campanas de la iglesia parroquial tocaban al Ángelus, el espíritu del buen campanero se fue por un largo y luminoso camino, más allá de las estrellas, a un lugar reservado para las almas puras. Allí, en lo más alto, fue recibido por un nutrido coro de ángeles y serafines, ataviados con túnicas blancas, que, con sublime armonía, agitaban en sus manos unas campanillas plateadas. El orfebre pudo comprobar, extasiado, como todas aquéllas llevaban grabado su inconfundible sello, pero no fue capaz de recordar en qué fecha las había fundido en su taller, ni cuando las había pulido con aquel reluciente brillo...

Fernando Freire, nuestro excelente artesano, dejó en nuestra generación una huella imborrable por su reconocida bondad, por su admirable perseverancia, por su absoluta dedicación y espíritu de trabajo, y por todas sus buenas acciones, contrastadas a lo largo de toda una vida en el ejercicio de tan digna profesión.

El recuerdo de Fernando, El Campanillero, se mantendrá vivo en nuestra memoria hasta el fin de nuestros días. Descanse en Paz el inolvidable orfebre...

Chucho Penabad.